

Dom

2 Nov

Homilía de Conmemoración de todos los fieles difuntos

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“Que no tiemble vuestro corazón ”

Introducción

En el libro de las Lamentaciones nos habla una desdichada persona que está a punto de caer en la desesperación. Lo que lo evita es su recuerdo de la misericordia del Señor. Sabe que por muy mal que le vayan las cosas, siempre puede esperar en Él.

De un tema muy similar trata el autor del Salmo 129, quien, sabiéndose pecador, clama desde lo más hondo de su ser al Señor, confiando en su perdón y misericordia.

San Pablo dice a los cristianos de Roma que los que hemos sido bautizados compartimos la muerte y la resurrección de Cristo, pues estamos llamados a morir a nuestro «hombre viejo» para así renacer como un «hombre nuevo» en el que viviremos con Cristo.

Y, en el Evangelio de San Juan, Jesús nos colma de esperanza al asegurarnos que ha reservado un lugar en el Cielo para cada uno de nosotros. Para llegar ahí sólo hay un camino: Él mismo.



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de las Lamentaciones 3, 17-26

Me han arrancado la paz y ya no me acuerdo de la dicha. Pienso que se me acabaron ya las fuerzas y la esperanza en el Señor. Fíjate, Señor, en mi pesar, En esta amarga hiel que me envenena. Apenas pienso en ello, me invade el abatimiento. Pero, apenas me acuerdo de ti, me lleno de esperanza. La misericordia de Señor nunca termina y nunca se acaba su compasión; al contrario, cada mañana se renuevan. ¡Qué grande es el Señor! Yo me digo: "El Señor es la parte que me ha tocado en herencia" y en el Señor pongo mi esperanza. El Señor es bueno con aquellos que en él esperan, con aquellos que los buscan. Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor.

Salmo

Salmo 129 R/. Desde lo hondo, a tí grito, Señor

Desde lo hondo a tí grito, Señor; Señor, escucha mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica. Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de tí procede el perdón, y así infundes respeto. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora. Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora; porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 6, 3-9

Hermanos: Los que por el Bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Porque, si nuestra existencia está unida a él en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya. Comprendamos que nuestra vieja condición ha sido crucificada con Cristo, quedando destruida nuestra personalidad de pecadores y nosotros libres de la esclavitud al pecado, porque el que muere ha quedado absuelto del pecado. Por tanto, si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 14, 1-6

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: - No perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya

sabéis el camino. Tomás le dice: - Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino? Jesús le responde: - Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí.

Pautas para la homilía

Ayer celebramos la festividad de Todos los Santos, haciendo memoria de los difuntos que ya están en el Cielo. Hoy, sin embargo, recordamos a aquellos que, tras dejar este mundo, aún no han alcanzado el Cielo porque están pasando por el proceso purificador del Purgatorio. Si ayer celebramos que hay personas que han alcanzado la santidad, en la festividad de hoy oramos por esos difuntos que están en camino de conseguirla: para que su tránsito sea lo más corto posible y alcancen pronto la eterna felicidad.

Esta festividad nos recuerda que no somos perfectos. Nadie obtiene por sus propias fuerzas la santidad. Por eso, salvo que nos neguemos deliberadamente a acoger la misericordia de Dios –por lo que seríamos condenados eternamente (cf. CIC 1864)– o salvo que obtengamos de Él la gracia de la santidad, por ejemplo, muriendo como mártires –lo que nos abriría directamente las puertas del Cielo–, todos estamos abocados a pasar por el Purgatorio. Y éste tránsito será más largo o más corto dependiendo de nuestro grado de santidad –es decir, de nuestra madurez espiritual– y de lo mucho o poco que otras personas intercedan por nosotros.

Cuentan que, hace unos años, una señora que acababa de quedarse viuda, le preguntó a un sacerdote cuánto tiempo debía estar rezando por su marido y encargando Misas por él. El sacerdote, sin dudarle, le contestó: «Señora, yo conocía bien a su marido, y le aseguro que en no más de tres años ha salido del Purgatorio». Es obvio que esta respuesta no tiene ningún sentido, porque una vez que morimos, salimos del mundo temporal y entramos en una dimensión en la que ya no corre el tiempo cronológico –con sus días, meses y años– sino el «tiempo espiritual». Por eso, el salmista le dice al Señor: «Mil años en tu presencia son un ayer que pasó; una vela nocturna» (Sal 90,4). ¿Cómo transcurre el tiempo espiritual? Pues no lo sabemos, se escapa a nuestra capacidad de comprensión. Sólo sabemos que el paso por el Purgatorio no se trata de un tránsito que se pueda medir en un calendario.

El Purgatorio es un tiempo de transformación espiritual dura y costosa, pues toda purificación supone sufrimiento. No se trata de un castigo –como si Dios nos exigiese simplemente sufrir para llegar al Cielo– sino que se trata de un sufrimiento sanador, como el que debe pasar un enfermo para curarse. Por eso, cuanto menos sanos interiormente lleguemos a la muerte, el paso por el Purgatorio será más costoso.

Pues bien, siguiendo lo que hoy nos dice san Pablo, podemos ahorrarnos buena parte de ese proceso purificador del Purgatorio si ya, en esta vida, nos preocupamos por madurar interiormente, dejando de lado el «hombre viejo» –esclavo del pecado– para transformarnos en un «hombre nuevo» –que vive el Evangelio–. Para ello es imprescindible que le pidamos a Dios que nos envíe su gracia santificadora. Así, al morir, nos encontrará bastante –o totalmente– preparados para ir al Cielo.

Madurar espiritualmente en nuestra vida terrena va a exigirnos dolor y sacrificio, pero, sobre todo, nos va a permitir disfrutar, ahora, de un pequeño anticipo de la felicidad divina que disfrutan los que están en el Cielo. Y sabemos que esto es así gracias al testimonio de los santos. Sus edificantes vidas nos muestran que lo que uno pueda llegar a sufrir para purificarse interiormente no es nada en comparación con la felicidad que se experimenta en esta vida al alcanzar la santidad. Se trata de una felicidad generosa, que se comparte con los demás. Porque la principal cualidad de los santos no es el sufrimiento, sino la alegría. ¿Conocen algún santo triste?

Quizás alguien pueda decir: «Vale, eso suena muy bien, pero yo estoy tan mal, mi vida está tan hundida, que me siento incapaz de recuperarme». Ciertamente, todos nosotros, de un modo u otro, antes o después, hemos pasado o pasaremos por una situación difícil, porque es ley de vida tener altibajos. Pues bien, precisamente el texto de las Lamentaciones y el Salmo que hemos escuchado ponen voz a esas personas que pasan por un mal momento. Y nos hacen ver que, por muy hundida que esté nuestra vida, o por muy graves que sean los pecados que hemos cometido, siempre podemos confiar en la misericordia de Dios.

Esa es nuestra esperanza: que Dios nos trata con misericordia y nos rescata del mal si nos ponemos en sus manos. Por muy malos que creamos ser, Dios siempre nos tiene guardado un lugar en el Cielo, y no sólo allí: también aquí nos tiene reservado un lugar para estar con nosotros –ahora– en lo más hondo de nuestro corazón.

En los momentos de tristeza y angustia, recojámonos interiormente y entremos en la intimidad de nuestro corazón. Acerquémonos a Dios y dejemos que nos abraze y nos purifique con su amor. Es una experiencia dura –como toda purificación–, pero sobre todo consoladora. Así lo narra san Juan de la Cruz:

*¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!*

Eso es, precisamente, lo que están ahora experimentando los fieles difuntos en el Purgatorio. Por ellos celebramos esta Eucaristía, para que se consuma cuanto antes su plena unión con Dios.



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Evangelio para niños

Conmemoración de los Fieles Difuntos - 2 de noviembre de 2014



No perdáis la calma

Juan 14, 1-6

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: - No perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino. Tomás le dice: - Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino? Jesús le responde: - Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí.

Explicación

.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

PROCLAMACIÓN DE LA BUENA NOTICIA DE JESÚS SEGÚN SAN JUAN

NARRADOR: En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos.

JESÚS: No perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí.

DISCÍPULO1: ¿Qué intentas decirnos..., Maestro?

JESÚS: En la casa de mi Padre hay muchas estancias, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. Y a donde yo voy, ya sabéis el camino.

NARRADOR: Tomás le dice:

TOMÁS: Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?

NARRADOR: Jesús le responde:

JESÚS: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre sino por mí.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández